

hombres que los habían creado. Por muy debajo de éstos estaban aquellos que disponían de ella. Vivían alimentados por el pasado; no han sabido hacer sino pasado. La ocasión también se ha pasado. Su historia y sus tradiciones políticas, sus querellas de aldeas, de parroquias y de tiendas; sus envidias y rencores de vecinos; y, en suma, su falta de mira, es el espíritu mezquino heredero de la época en que ella era tan ignorante como las demás regiones del mundo, han hecho perder a la Europa esta inmensa ocasión y hasta de cuya existencia parece no haberse dado cuenta en tiempo oportuno. Napoleón parece ser el único que presintió lo que debía producirse y lo que podría emprenderse. Pensó, de acuerdo con la escala del mundo actual, no fué comprendido y así lo expresó. Llegó demasiado temprano, los tiempos no estaban todavía maduros, sus medios estaban lejos de los nuestros. Después de él, se volvió a discutir sobre las hectáreas del vecino, y a razonar con vista al presente.

Los miserables europeos han preferido jugar a los Armagnacs y a los Burgundios, a tomar sobre toda la tierra el gran papel que los romanos supieron asumir y conservar, durante siglos en el mundo de su tiempo. Su número y sus medios no eran nada frente a los nuestros; pero ellos encontraban en las entrañas de sus pollos, más ideas justas y consecuentes, que todas las contenidas en nuestras ciencias políticas.

La Europa será castigada por su política: se la privará de los vinos, cerveza y licores. Y de otras cosas...

La Europa aspira visiblemente a ser gobernada por una comisión americana. Toda su política se dirige a ello.

No sabiendo deshacernos de nuestra historia, seremos descargados de ésta por pueblos felices que no la tienen o casi no la tienen. Son pueblos felices que no impondrán su felicidad.

La Europa se había distinguido claramente de todas las partes del mundo. No por su política sino a pesar de ella, y más bien, contra ésta, había desarrollado en extremo la libertad de su espíritu, combinando su pasión de comprender, con su rigurosa voluntad; inventando una curiosidad precisa y activa, creada por la búsqueda obstinada de resultados que se pudieron comparar exactamente y agregar los unos a los otros. Un capital de leyes y de procedimientos muy poderosos. Su política, sin embargo, permaneció estacionaria; no aprovechó de las riquezas y de los recursos extraordinarios a que acabo de referirme, sino en cuanto sirvieran para fortificar esta política primitiva y darle armas más temibles y más bárbaras.

Apareció entonces un contraste, una diferencia, una extraña discordancia entre el estado del mismo espíritu, según que se dedicara a su trabajo desinteresado, a su conciencia rigurosa y crítica, a su profundidad sabiamente explorada; y su estado cuando se aplicaba a los intereses políticos. Parecía reservar para su política, sus producciones más descuidadas y viles: instintos, ídolos, recuerdos, pesares, celos, sonidos sin significación y significaciones vertiginosas... todo aquello que

ni la ciencia ni las artes deseaban y, aun más, no podían ya sufrir.

Toda política implica (y generalmente ignora que ella implica) una cierta idea del hombre, y aun una opinión sobre el destino de la especie, toda una metafísica que va del sensualismo más brutal, hasta la metafísica más atrevida.

Suponed que alguna vez os entreguen el poder sin reservas. Sois un hombre honrado y vuestro firme propósito es hacer lo mejor posible. Vuestra cabeza es sólida; vuestro espíritu puede contemplar claramente las cosas, representárselas en sus diversas relaciones; y, por fin, estáis colocado en una situación tan elevada e interesante, que los propios intereses de vuestra persona se tornan nulos o insípidos frente a lo que está delante de vosotros. Ni siquiera estáis perturbado por lo que pudiera turbar a cualquier otro ni estáis intimidado ni abrumado por la esperanza que se pone en vos.

Y bien. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer hoy día?

Hay victoria *per se* y victorias *per accidens*.

La paz es una victoria virtual, mula, continua, de las fuerzas posibles contra las codicias probables.

No habría paz verdadera sin que todo el mundo estuviera satisfecho. Es decir, que no hay a menudo una paz verdadera. No hay sino paces reales, que, como las guerras, son menos expedientes.

Los únicos tratados que deberían tomarse en cuenta son los que se concluirían con segundas intenciones. Todo lo que es confesable, está como desprovisto de todo futuro.

Es un orgullo imponer su voluntad al enemigo. Algunas veces se consigue, pero puede ser una voluntad nefasta. Nada nos parece más difícil que determinar los verdaderos intereses de una nación, que no deben confundirse con sus deseos.

O c t u b r e

De JUAN RAMON JIMENEZ

ESTABA echado yo en la tierra, enfrente del infinito campo de Castilla que el otoño envolvía en la amarilla dulzura de su claro sol poniente.

Lento el arado, paralelamente abría el aza oscura; y la sencilla mano abierta, dejaba la semilla en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón y echarlo, pleno de su sentir y alto profundo, al ancho surco del terruño tierno;

A ver si con romperlo y con sembrarlo, la Primavera le mostraba al mundo el árbol puro del amor eterno.